

La sombra del caudillo

Cuando se publicó originalmente este libro habían pasado veinte años desde el triunfo de la revolución sandinista en 1979, uno de los hechos claves de la historia de América Latina en el siglo XX. Ahora, al salir esta nueva edición, he creído que merece un comentario inicial, dado que el Frente Sandinista está de nuevo en el poder, tras la victoria electoral de Daniel Ortega en las elecciones de noviembre de 2006.

La revolución tomó una década de ilusiones y enfrentamientos, que culminó con la derrota en las urnas del mismo Daniel en 1990, a quien yo acompañaba entonces como candidato a vicepresidente. Ganó esas elecciones Violeta de Chamorro, en medio de las circunstancias de una guerra que llegaba a su fin, y desde entonces Daniel siguió presentándose de manera persistente como candidato, derrotado por el caudillo del Partido Liberal Arnoldo Alemán en 1996, y luego por Enrique Bolaños, también del mismo Partido Liberal, en 2001. Hasta esta cuarta oportunidad en la que por fin pudo salir adelante. Desde fuera de las fronteras de Nicaragua puede resultar fácil ver este triunfo como parte de la ola de izquierda que ha llegado a diversos países de América Latina tras el fracaso del modelo neoliberal impuesto al final de la guerra fría, final que, de paso, coincidió con el de la revolución sandinista. Pero las cosas vienen a resultar bastante diferentes en el caso de Nicaragua, aunque tampoco puede alegarse ningún modelo homogéneo en las experiencias que se viven en Brasil, Argentina, Uruguay, Venezuela, Bolivia o Ecuador.

Daniel resistió las sucesivas derrotas cobijado en una intransigente bandera de lucha a favor de los más pobres y marginados, sin ceder en su retórica más que cuando era aconsejado de bajar el tono, o guardar silencio, por los estrategas de sus campañas electorales; y al mismo tiempo supo ir articulando al Frente Sandinista a su alrededor en base a lealtades personales más que a las lealtades ideológicas de antaño, mientras se deshacía de sus adversarios, sobre todo de aquellos que amenazaban su liderazgo, por medio de purgas periódicas. Pero nada de eso hubiera sido suficiente sin el pacto político con Arnoldo Alemán, el caudillo liberal condenado a veinte años de prisión por lavado de dinero en 2003, según actos ilícitos cometidos durante su presidencia.

Este pacto, que implicó reformas profundas a la Constitución Política introducidas en 2000, y luego en 2005, fue concebido para ejecutar una repartición de poder, y el control sin fisuras de las entidades del Estado. Facilitó la sumisión de los tribunales de justicia a la voluntad personal de ambos firmantes, lo mismo que la sumisión del sistema electoral y de la Contraloría de Cuentas, y facilitó también el clientelismo político, basta citar el ejemplo de la Corte Suprema de Justicia ampliada a diecisiete miembros, un número escandaloso para un país pobre de apenas cinco millones de habitantes, con el único objeto de repartir cargos entre incondicionales.

Los pactos políticos entre caudillos no son una novedad en la historia de Nicaragua. Por razones parecidas, el general Anastasio Somoza García, fundador de la dinastía, firmó en 1950 en nombre del Partido Liberal el «pacto de los generales» con el general Emiliano Chamorro, que lo firmó en nombre del Partido Conservador. Además de la repartición de cargos y curules, aquel pacto amparó una reforma constitucional que permitió a Somoza presentarse como candidato a la reelección en 1956, cuando fue muerto a tiros por el joven poeta Rigoberto López Pérez.

Mediante el pacto de 2000, Daniel logró conseguir mediante una reforma de la Constitución que el número de votos suficientes para ganar en primera vuelta fuera reducido al 35%: ganó las elecciones de 2006 con el 38%, frente a una oposición inducida a la fragmentación. A cambio, permitió que los tribunales de justicia sacaran de la penitenciaría a Alemán declarándolo valetudinario, es decir, inválido por decrepitud senil, una insólita medida que sólo puede ser explicada por la sumisión de los jueces; así, recibió primero la casa por cárcel, después la ciudad de Managua por cárcel, y por último el país por cárcel, lo que le permite viajar por todas partes en campaña de proselitismo.

Mientras tanto, Daniel consiguió el apoyo incondicional del cardenal Miguel Obando y Bravo, antiguo enemigo de la revolución y epítome de la derecha, ahora miembro de su gobierno, lo mismo que se alió con antiguos jefes de la Resistencia Nicaragüense, los contras que combatieron contra el sandinismo en la época de los ochenta, dirigidos y financiados por la CIA. Uno de los miembros del Directorio de la contra que operaba desde Miami, Jaime Morales Carazo, fue escogido esta vez por Daniel como su candidato a vicepresidente.

Algunos ven estas alianzas como un alarde de habilidad política, o como la aplicación fría de una visión pragmática. Yo tengo razones para verlas más bien como la consecuencia de la renuncia de los principios, que pesaron tanto en la épica de la revolución, sustituidos por la ambición de poder personal que se despoja de cualquier consideración ética. Un poder que ya no sirve a ningún proyecto trascendental, y se parece a cualquier otro poder tradicional en la historia del país.

Dentro de esa confusa dualidad en la que el discurso encendido de izquierda se encuentra con concesiones de fondo a la derecha más intransigente, al punto de identificarse con ella, la prohibición del aborto terapéuti-

co aun para salvar la vida de la madre, ratificada recientemente en las reformas al código penal, viene a ser un ejemplo cruel y doloroso. El aborto terapéutico había sido permitido por la legislación nicaragüense desde mediados del siglo XIX, aun antes de la revolución liberal de 1893, y hoy se ha convertido en un delito penado con años de cárcel bajo el patrocinio de Daniel, como prueba de su conversión al catolicismo practicante; pero no el catolicismo de la teología de la liberación de los años ochenta, sino el catolicismo regresivo del cardenal Obando, que persiguió entonces a los sacerdotes comprometidos con la revolución.

Pese a todo, desde fuera de las fronteras de Nicaragua puede surgir la pregunta de si existe continuidad entre el actual gobierno de Daniel y la revolución de los años ochenta del siglo pasado, de la que ambos fuimos protagonistas. Yo digo que no, y la relectura de este libro frente a la realidad presente me lo confirma.

La revolución fue un fenómeno histórico trascendente, que al momento de su triunfo envolvió a toda la nación en su vorágine, y tuvo entonces dos dimensiones: una idealista, y la otra de poder. La primera se fundamentaba en un puñado de principios éticos e ideológicos defendidos con ardor juvenil, y la segunda en la articulación de un aparato político y militar que serviría para sustentar el proyecto de transformaciones políticas, económicas y sociales que tomaría varias generaciones desarrollar y consolidar.

El Frente Sandinista que llevó otra vez a Daniel como candidato en las elecciones de 2006, es, en espíritu y naturaleza, distante de aquel que conquistó el poder por las armas en 1979. Es otro de aquel Frente Sandinista que a lo largo de toda una década se empeñó en una lucha feroz por imponer un programa popular, y que, pese a errores, falsas concepciones y múltiples tropiezos, estuvo inspirado en una mística que tuvo ese hondo sustento ético

que ahora ha sido sustituido por la ambición de poder personal.

La vuelta de este otro Frente Sandinista al gobierno, o más bien la vuelta de Daniel, y al lado su esposa Rosario Murillo, no ha supuesto la restauración de aquellos principios, que más bien se borran cada vez, y tampoco el proyecto de poder es el mismo, porque su articulación responde a propósitos que hace tiempo dejaron de ser revolucionarios. Por tanto, en uno y en otro sentido las diferencias son abismales.

Desde una perspectiva retórica, sin embargo, el discurso de Daniel no ha variado. Es un discurso teñido de radicalismo exacerbado, de concepciones fundamentalistas y monótonas respecto al imperialismo norteamericano, el colonialismo y neocolonialismo europeo, la lucha de clases vista desde el prisma de los viejos manuales soviéticos. Aquéllas fueron concepciones muy comunes en los años ochenta, fruto del espíritu juvenil de rebeldía de la revolución, pero existía una conexión muy viva entre las palabras y los hechos, por desacertados que estos hechos llegaran a veces a ser, porque la pasión era enemiga del cálculo y de la doblez, que son vicios de la edad. Hoy, mientras más altos los vuelos de la retórica, menor la eficacia del discurso que se disuelve en el aire estancado sin consecuencias visibles.

Las palabras se correspondían con los hechos porque, como se relata en las páginas de este libro, lo primero que no había en las filas sandinistas era grandes capitalistas, que entonces podían ser demonizados con toda justicia porque la fidelidad de los principios apuntaba al desprecio de los bienes materiales como regla de conducta. Ahora la realidad aparta los hechos de las palabras porque el Frente Sandinista de hoy tiene en sus filas suficientes grandes capitalistas, ricos de verdad, como para desdejar las palabras agresivas de un discurso que, al mirar al pasado, hace que esas palabras caigan como frutos muer-

tos, es decir, desprovistas de aquella sustancia que antes sobró, la credibilidad.

Y el demonio de la doblez no deja de regar su olor a azufre en el tablado. Pese a las diatribas contra Estados Unidos, y pese a que el Fondo Monetario Internacional es el «instrumento financiero privilegiado del imperialismo», el gobierno de Daniel firma con el Fondo acuerdos en los que se obliga a la disciplina monetaria, y a mantener el mismo programa de ajustes que a su vez firmaron los gobiernos anteriores de derecha. Y de la misma manera, mientras ataca de manera altisonante el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, firmado por el gobierno anterior de Enrique Bolaños, cumple estrictamente con su aplicación. La mano izquierda nunca sabe lo que hace la derecha, o es que lo sabe bien.

No creo que al país le convenga romper con el Fondo Monetario Internacional, ni denunciar el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, ni creo que le convenga tampoco regresar a las confiscaciones de empresarios. Pero tampoco le conviene el clima artificial de hostilidad y desconfianza que la retórica viciosa de Daniel crea, hacia dentro y hacia fuera, en un país postrado por la enfermedad crónica de la pobreza, que no se cura con palabras. Lo que reclamo es coherencia entre las palabras y los hechos.

Los tiempos cambiaron y el medio ambiente político cambió en Nicaragua y en el mundo. Muchos de los viejos aliados del Frente Sandinista murieron, o desaparecieron, o se desencantaron. El paisaje se alteró abruptamente, pero en términos emotivos e ideológicos, Daniel sigue viendo la misma foto fija de antes, por mucho que se revista de pragmatismo, y si algún catalejo utiliza es el que le presta el presidente Chávez de Venezuela, que se reviste ante sus ojos como el nuevo paradigma del viejo tercer mundo. Un catalejo, además, que deja las manos impregnadas de petróleo.

De esta manera, su discurso viene a ser un discurso de cara al ayer, como lo son sus propuestas, llenas de eso que hoy se llama utopías regresivas. Su afán mental es el de rescatar un mundo que ya no existe, el de la guerra fría y las viejas alineaciones, el fantasma en harapos del tercer mundo como concepción geopolítica, el decrepito club de los No Alineados, como si la añoranza fuera suficiente para valerse en ese ambiente que cambió de manera radical en las últimas dos décadas.

El otro ejemplo notable de esta enajenación es la persistencia con que resiste al sentido de la democracia, que demanda el respeto y el fortalecimiento de las instituciones, a las que más bien ha colocado a su servicio personal, cuando la efectividad de las instituciones supone la alternabilidad en el ejercicio del poder, más que el continuismo. Es una escogencia por el autoritarismo, de la que se convenció en todos estos años en la oposición, mientras acumulaba poder en sus juegos con Arnoldo Alemán. Una escogencia que si bien revela viejas adherencias ideológicas, también revela su verdadero sentido del poder, como caudillo.

Esta vocación regresiva lo ha llevado a la creación de los Consejos de Poder Ciudadano, anunciados como los instrumentos de una democracia directa, o participativa, y destinados a enmendar el funcionamiento de la democracia representativa, o formal, que a sus ojos tiene poco prestigio porque choca, otra vez, con el viejo fantasma de la democracia proletaria, que no deja de sonar sus cadenas. Es cierto que en esto el modelo de referencia más reciente es el de Poder Ciudadano instaurado en Venezuela con Chávez, pero recuerda mejor el de Poder Popular de Cuba, o los Comités de Defensa Sandinista que se instauraron en los ochenta, según el modelo de Cuba; pero en todo caso los Consejos de Poder Ciudadano tienen que ver muy poco con la realidad presente de Nicaragua, y con la manera en que se comporta la sociedad, reacia a cualquier modelo de organización cerrado y excluyente.

Y lo curioso, o extraño de anotar, es que estas estructuras paralelas de Poder Ciudadano no sólo han sido erigidas de hecho, al margen de la ley, sino que buscan sustituir a instancias legítimas que de todas maneras el Frente Sandinista tiene bajo su control, entre ellas gran parte de los concejos municipales. Puede más la nostalgia por el paraíso perdido. Los Consejos de Poder Ciudadano, a cuya cabeza se halla su esposa Rosario Murillo, organizados comarca a comarca, barrio a barrio, cuadra a cuadra, desembocan hacia arriba en lo que se llama un «gabinete nacional», instancia suprema de poder sacada del sombrero del mago, y en la que los delegados populares de los Consejos se sientan al lado de los ministros, que igual que en Venezuela ya se llaman también «ministros del poder popular», o «del poder ciudadano».

Los Consejos, hacia abajo, tienen facultades decisorias y fiscalizadoras sobre una multitud de asuntos políticos y administrativos, desde autorizar créditos del programa «usura cero», a aprobar los nombres de los beneficiarios del programa «hambre cero», que dona vacas, cerdos, aves de corral e implementos de labranza a familias campesinas; pero también pueden exigir la remoción de funcionarios públicos de cualquier nivel, y se ha anunciado oficialmente la intención de que tengan funciones «voluntarias» de vigilancia en los territorios, complementarias a las de la policía.

Tampoco son estos comités entidades pluralistas, con libre acceso a sectores diversos de la población. Los ciudadanos que los integran son todos militantes o simpatizantes del partido de gobierno, y quienes los controlan son los mismos secretarios políticos, o comisarios locales del mismo partido. Una red tejida con los mismos hilos, y con los mismos nudos, que podría parecer sobrancera pero no lo es porque asegura control, y asegura poder a largo plazo.

Por tanto, alguien podría alegar que sí hay una línea de conexión entre el proyecto revolucionario de los

años ochenta, y el de hoy, y ésta sería la voluntad de continuidad en el poder. Existe, sin embargo, una diferencia fundamental. Si es cierto que el mensaje de la dirigencia sandinista en aquel entonces era explícito en cuanto al carácter mesiánico de la revolución, lo que involucraba la eterna permanencia del partido en el mando, no se trataba del proyecto alrededor de una persona, y menos, de una persona y de su familia. El lema sobrentendido era aquel del viejo leninismo orgánico que rezaba «los hombres pasan, el partido queda».

Aquel partido mesiánico, con una dirigencia colectiva de la que Daniel era un «primus inter pares», y una estructura y disciplina de inspiración leninista, no existe más. Ha sido sustituido por la voluntad única y personal del propio Daniel, y de su esposa, Rosario Murillo. Otra vez, como a lo largo de la historia de América Latina, la familia vuelve a ser el molde en el que se vacía un partido político, y se vacía el Estado. Como se ve, muy lejos, pero bien lejos, de lo que fue, en cuanto a ideales e instrumentos, el viejo proyecto revolucionario que se queda ya entre las brumas del siglo pasado, mientras, desafiando al tiempo, vuelve a aparecer la sombra del caudillo.

Si hoy Daniel muestra una inequívoca voluntad de permanencia en el poder, bajo el razonamiento que seguramente se hará a sí mismo de que su proyecto personal, interrumpido en 1990, es otra vez un asunto de largo plazo, se está armando para ello de instrumentos a largo plazo, los que necesita un caudillo, como tantas otras veces en la historia de Nicaragua y en la de América Latina. Los Consejos de Poder Ciudadano son un puntal, pero si quiere quedarse, como parece ser, necesitará también de una reforma constitucional que le permita la reelección sucesiva, o que permita, en todo caso, la elección de su esposa, que ahora aparece como cogobernante, para efectos reales y del protocolo.

Para quien ha sido electo con un 38% de los votos, mientras del otro lado hay una mayoría polarizada en

su contra, la búsqueda del consenso debería ser un acto de necesaria sensatez. Pero las acciones de Daniel tienden todas ellas a alejar el consenso, y a polarizar otra vez a la sociedad, la primera de ellas sus intenciones de continuar en el mando, porque la reelección, y los gobiernos familiares, han sido el más nefasto de los vicios de la política nicaragüense, y siempre de consecuencias trágicas. Fue la causa, nada menos, que de la propia revolución sandinista, que derrocó a la familia Somoza.

En el reino de las ilusiones pasadas, donde campeaba la idea de la revolución para siempre, el consenso no se juzgaba necesario. Pero hoy, una visión obstinada como la suya no hace sino desconocer el paisaje, o tomarlo por otro que ya no existe. En el paisaje de hoy la sociedad reclama el derecho a la pluralidad y a la disidencia, a la expresión libre del pensamiento propio, a la diversidad de fuentes de información, a la transparencia de los actos de gobierno, a la rendición de cuentas, a la existencia de organizaciones sociales y partidos que no respondan a un interés único. A todo lo que forma el tejido de la democracia.

Este paisaje es el producto de muchos años de lucha y de experiencias, y señala el avance democrático, marcado por la pluralidad misma en la que hoy se mueve una multitud de intereses y opiniones, que no pueden ser concertados sino en la diversidad. Por tanto, la pretensión de una forma única de conducta política, dictada desde el poder, tiene escasas posibilidades de imponerse mientras la sociedad siga contando con sus instrumentos actuales, medios de comunicación independientes, organizaciones de la sociedad civil, partidos políticos, y empresarios de todo tamaño, los más numerosos de todos los pequeños.

Pero, además, una de las herencias institucionales más visibles de la revolución, es la existencia de un Ejército Nacional, y de una Policía Nacional, que funcionan bajo el amparo de la Constitución Política como entida-

